

La reunión de secundaria

Marianella bajó de su coche, en puntillas, como pudo, dando apenas leves y cortas respiraciones. Enseguida se le vino a su mente la conversación que había sostenido con su hija momentos antes de salir.

—¡Madre! ¡Pareces un salchichón!

—¡Más respeto, que soy tu madre!

—Pero sí te lo digo porque te mereces el mayor de mis respetos.

—Sigo pesando lo mismo que cuando tenía tu edad...

—Madre...¿A quién quieres engañar? —corrigió la hija—. Estás en tu peso justo, pero delgada como cuando tenías mi edad...lo dudo.

—¿Y entonces... cómo explicas que el vestido me entre?

—Porque te has puesto el vestido ayudada por un tarro de vaselina...

—Mira, mejor no me arruines la buena vibra antes de salir...

—Sé precavida y llévate este chal...y no te lo quites por nada del mundo.

Una voz la sacó de sus cuítas.

—¡Hola Marianella! —saludó una voz masculina.

—¡Bernardo, estás irreconocible! —exclamó en un arranque de sinceridad.

—Bueno, bueno...que no quiero ser maleducado...porque tú te ves...

—¡Hola a todos! —saludó una voz proveniente del subsuelo.

Los dos buscaron la procedencia de la voz y casi se tentaron al ver al pequeño hombre.

—¡Martín! —exclamó Marianella—. Te podría reconocer desde lejos...llevas las mismas gafas de siempre.

—Y veo que no has crecido, chíquilín —dijo en tono un tanto condescendiente, Bernardo.

Martín ignoró el comentario malintencionado. Era pequeño, sí, solo medía 1.55 cm con zapatos especiales para elevar 5 cm su altura. Era petiso, pero todo lo demás había cambiado.

—No ha llegado nadie y, por lo que me dice el *maitre*, si no vamos a ocupar la mesa, se la darán a alguien más.

—Pues entonces, será mejor que vayamos a sentarnos —dijo Bernardo.

Los minutos pasaron y ninguno de sus ex compañeros llegaba. Marianella miraba su teléfono móvil, como si este pudiera teletransportarla a otro lugar.

El restaurant, sin embargo, comenzaba a animarse. Una banda tocaba y la gente se animaba a salir a la pista para bailar.

Marianella se lamentaba haber gastado dinero en la peluquería y en lugar de su clásico *brushing*, haber pedido que le hicieran un peinado de casamiento. A su izquierda, Bernardo, seguía siendo el mismo guarro de siempre: sus ojos se deleitaban mirando los traseros ajenos. Al otro costado, Martín...bueno a Martín todos en clase lo querían por ser chiquitín. Una pena que de grandes, esos sentimientos no se hayan mantenido.

—¿Por qué no vamos a bailar? —preguntó Martín.

—Creo que lo mejor será que esperemos unos minutos más y luego...si nadie más llega...deberíamos dejar la mesa...no tiene sentido —tartamudeo Marianella.

—Pues yo me quedo aquí —contestó Bernardo con tono maleducado—. Es más, —aclaró— esa rubia de la mesa de enfrente... siento que quiere cariño, así que, sí me disculpan, es mi deber de caballero, dárselo.

Antes de que sus dos compañeros pudieran emitir palabra alguna, Bernardo ya estaba sacando a bailar a su presa.

—Mejor nos vamos —sentenció Marianella poniéndose de pie.

A mayor altura pudo ver cómo un grupo de gente abandonaba el lugar.

—¡Allí están nuestros compañeros! —gritó eufórica— ¡Corramos a buscarlos!

Pero sus zapatos, el piso o quién sabe qué cosa, le jugaron una mala pasada.

—¡Ay, Dios mío! —dijo mientras besaba el suelo.

Como pudo Martín la ayudó con caballerosidad y se ocupó de entregarle el chal.

—No te preocupes, linda —susurró envalentonado—...están todos bailando, está todo a media luz y nadie se ha dado cuenta.

—Debemos seguirlos y buscarlos —contestó Marianella, fiel a su libreto.

—Creo que no sé si se podrá... —aseguró señalando el vestido. Estaba roto en la cintura... dejaba ver algunas indiscreciones.

—Bueno entonces, creo que la fiesta se terminó para mí —dijo mientras aceleraba el paso en dirección al coche.

—Por cierto, —Martín interrumpió el paso de su dama situándose adelante para impedir que se escapara—. Me gustaría verte esta semana...si quieres podría pasar a buscarte por tu trabajo.

—No te molestes...estoy en el paro desde hace ya...tiempos inmemoriales —contestó sin vergüenza. “Después de todo, no lo veré más, Martín no es mi tipo...no podría verme saliendo con...¿un obrero?”, pensó.

—Bueno entonces mejor...si dispones de tiempo podría llevarte de viaje —dijo en un arrojito de sinceridad.

Marianella se estaba cansando de tanta estupidez. Pero tenía que contestarle en forma cortés.

—¿De viaje?

—Sí, de viaje...siempre voy solo, y ya no me gusta.

—¿Y a dónde vas si se puede saber?

—A Italia, a Rumanía, a Rusia.

—¿Y para qué? —dijo ya harta de escuchar a su ex novio—. ¿Te lo paga tu empresa?

Marianella abrió el coche y tiró con rabia el bolso de fiesta en el asiento trasero.

—Sí, pero resulta que es mi empresa... —contestó orgulloso, mientras abría la puerta del lado del conductor para que Marínera se sentara.

La novedad hizo que Marianella se descuidara y nuevamente su vestido se rompiera. Martín, sin embargo, pareció no percatarse.

—Martín...lo lamento...debo irme.

—¿Y sí te lo piensas? —dijo con suavidad.

—Yo estoy en paro, pero viajo en primera clase —dijo en tono abusivo.

—Lo que quieras mi reina —contestó casi saltando de alegría.

—Bueno, entonces me llamas y uno de estos días...arreglamos.

—Pásame tu dirección.

—¿Para qué? —contestó incómoda—. Estamos conectados en las redes.

—Para enviarte un regalo —contestó bajando la voz para que sonara más masculina.

—¿Y eso?

—Quisiera regalarte algo que fabricamos en la empresa.

—Bueno entonces, trae aquí tu teléfono, que te lo escribo.

—Gracias, de seguro que te lo comes ni bien lo recibas.

—¿Qué fabricas?

—Embutidos, y nuestra especialidad son los salchichones.

Fin

© Karina Graciela Salazar - TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

